



ILUSTRACIÓN: SOBRE IMAGEN DEATH TO STOCK

## MÁS ALLÁ DEL DINTEL

Carlos Rojas González

**S**i se pudiera calcular el tiempo en que se va a consumir un helado de fresa, a lo mejor se podrían obviar ciertas dificultades que se nos presentan en el transcurso de la vida. Digo esto, sin el ánimo de filosofar, porque no es mi costumbre, peor aún mi profesión —mi inclinación siempre estuvo del lado de la literatura—, porque aquella mañana que nos encontramos en la intersección de Primero de Mayo y Boyacá, él, con su acostumbrada sonrisa que le otorga cierto aire de seguridad, me preguntó qué deseaba tomar y yo, sin saber qué contestar, todavía nerviosa por este encuentro imprevisto que se había transformado en una especie de cita, le dije: un helado de fresa, mientras él, con mucho aplomo, ordenó una cerveza.

Yo no sabía cómo iniciar la conversación y solo atinaba a reírme, con cierto aire de simpatía —esto lo supe porque él mismo me lo contó después— en tanto que él se pasaba la mano derecha por el cabello, lentamente, como

si quisiera iniciar la conversación y no supiera si elegir el tema o dejármelo a mí. Yo capté la situación, pero pensé que no tendría dificultad para iniciar una plática debido a su amplia cultura y fue, entonces, cuando me decidí a preguntarle cómo le iba en el trabajo. Me percaté que de repente se nos abrió todo un mundo y de improviso nos encontrábamos conversando sobre asuntos comunes a los dos: los problemas del trabajo por la falta de seriedad con que los alumnos tomaban las cosas. Él me hablaba sin mirarme a los ojos como si no advirtiera mi presencia. Parecía muy concentrado en lo que decía, tal vez demasiado concentrado. De repente, el fuerte pitazo de un carro pesado o el chirriar de las llantas de un colectivo repleto que iba a detenerse lo volvía a la realidad del mundo en que se encontraba y allí estaba yo como el reflejo de ese mundo o como complemento del paisaje.

Habían transcurrido cerca de dos horas de conversación, o mejor dicho de alguien que hablaba y otro que escuchaba, yo. Lo que me contaba me hacía estremecer, saltaba del asiento por la sutileza y la realidad que daba a los acontecimientos que narraba, pero él permanecía inmutable como si ese entorno y él fueran una sola cosa, como si esa realidad suya fuera la única que existiese. Ya casi al mediodía, yo no atinaba o no podía seguir el hilo de la charla. Él hacía pausas prolongadas, encendía un cigarrillo, pedía una cerveza, (No sé cuántas se alcanzó a

tomar. Solo recuerdo vasos grandes que iban y venían cubiertos de papel café que le daban cierto tono de naturalidad) y eso lo incentivaba para proseguir el tema que había elegido: A medida que el tiempo transcurría notaba que sus ojos se iban achicando, su sonrisa entre segura y agradable se iba tornando burlona y su voz cada vez menos clara alargaba las palabras, otorgándoles un tono cada vez más bajo y nasal que me impedía entenderle completamente. Me parecía que cada vez solo hablaba para sí mismo.

De repente su forma de trato hacia mí cambió. Ahora me hablaba de “oye”, lo que si bien me incomodaba un poco, me colocaba más cerca de él. Me sentía partícipe por primera vez en toda la mañana de una charla que consideraba muy importante, su charla. Sin embargo, tuve una intención, un impulso de arrepentimiento. Deseé romper con esa relación que comenzaba a darse entre nosotros y que yo estaba permitiendo. Me levanté de la mesa y él se acomodó sobre el lado derecho, esperando mi partida, conservando todavía esa sonrisa, pero ya no con la seguridad inicial. Yo estaba seria, con los ojos fijos en los suyos, esperando tal vez algo de insistencia, deseando que me dijera que me quedara. Pero él permaneció en la misma posición que había adoptado desde inicio y solo se llevó una vez más la mano a los cabellos y miró hacia la calle que empezaba a desahogarse, pues ya eran cerca de las dos de la tarde.

No sé por qué permanecí allí toda esa tarde cuando él ni siquiera hacía algún gesto por detenerme, pero volví a sentarme y él sonrió, ahora de manera más segura, y me ofreció un sánduche o alguna cosa que deseara. Yo solo le respondí con un movimiento de cabeza, haciéndole entender que no deseaba. Entonces, él alargó su mano hacia la mía y sentí la suavidad de sus dedos, algo melosos por la humedad de la tarde, las cervezas y los nervios que él también soportaba. Hubiera deseado escurrirle mi mano, pero ya era tarde. Me sentía completamente cubierta por su presencia y solo logré sonreír como indicio de aceptación de lo que él insinuaba. En esos casos, es difícil descifrar lo que el otro dice, y yo me sentía invadida por ese torrente de palabras que me lanzaba que yo remitía a posibles hechos como si estuviera frente a una cámara cinematográfica. No sé si muchas de las cosas que recuerdo fueron dichas por él o las imaginé y las he incorporado a esa cita imprevista.

A eso de las cuatro y media de la tarde, caminábamos por una avenida amplia. Él me había cruzado su mano derecha sobre el hombro y a veces la descendía hasta mi cintura. De pronto, me dijo que había que apresurarse porque me iba a hacer tarde y podría causarme problemas. Detuvo un taxi, le indicó la estación a donde yo iba. Me despidió con un leve guiño y, mientras el taxi arrancaba, fijamos nuestra próxima cita, a viva voz. Cuando volteé lo vi detenido, sonriente,

llevándose una vez más la mano a los cabellos con ese aire de seguridad que me mostraba. Mientras el taxi avanzaba a la estación, tuve la impresión de haber vivido muchos años, quizás los más importantes, en esas horas que estuve junto a él. Y su último gesto, tal vez el único, cuando mostró preocupación por mi tiempo y el posible problema que podría tener, me hizo sentir importante y también algo suya, cosa que necesitaba experimentar.

**P**asaron varios días sin que Javier se enterara de mi último viaje a la ciudad mayor. Por el contrario, fui yo, sintiendo quizás cierto remordimiento —pues desde que me casé jamás había estado con alguien en esas circunstancias— quien le contó el encuentro que tuve con él, claro está dentro de las posibilidades que se podía contar. No lo sorprendió ni le atrajo suspicacia alguna. Incluso, me parece que le agradó el hecho de que tuviera amistad con alguien al que respetábamos mucho. El caso suyo era solo respeto porque no tenía mayor relación amistosa.

El miércoles nos encontramos en la facultad y simulamos o, mejor dicho, le restamos importancia al hecho. Sin embargo, buscábamos el momento propicio, adecuado, para poder estar entre nosotros. Al fin, al terminar, no recuerdo si la segunda o tercera hora de clase, aparentando un hallazgo, nos tropezamos y otra vez nuestros

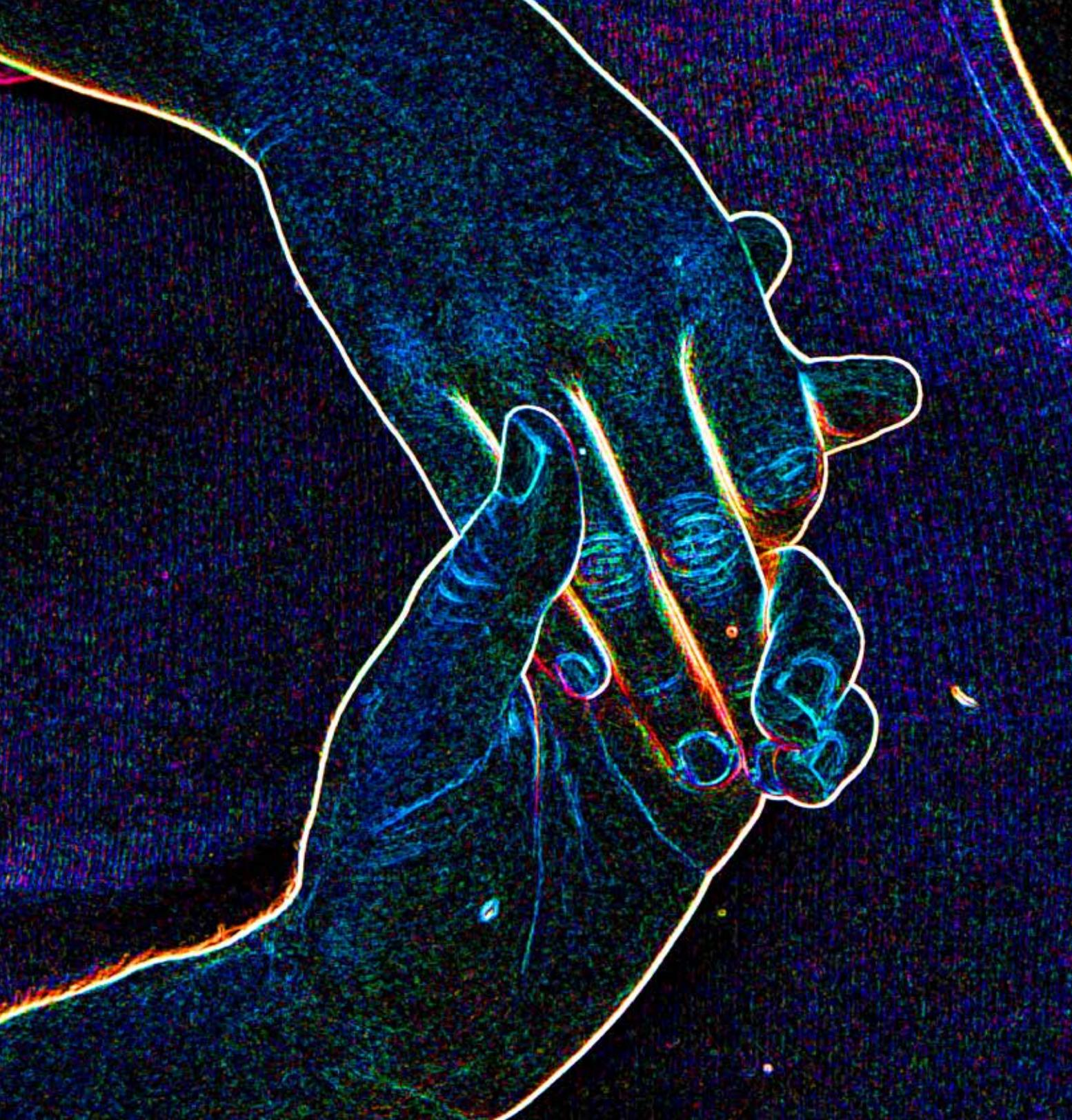


ILUSTRACIÓN: SOBRE IMAGEN DEATH TO STOCK

ojos allí clavados, unos contra otros, como en aquella tarde. Pero ahora, frente a los otros, de quienes no éramos extraños, la situación se tornaba diferente. Pero esa posible censura daba mayor calidad a la intriga que empezábamos a tejer.

La conversación fue casi monosilábica. Hablábamos sobre cosas que no nos interesaban por el momento: las clases, la materia, los alumnos, hasta que yo sugerí, quizás sin darme cuenta, algo sobre el encuentro en la ciudad mayor y entonces el volvió a sonreír como ese día y a tomar esa seguridad a la que me había acostumbrado. Me invitó a beber una Coca Cola. Yo preferí un sitio fuera de la facultad, y mientras tomaba la gaseosa con bastante dificultad por la sequedad que sentía en la garganta, escuchaba el tono bajo de su voz, sus palabras que me parecían un arrullo. Aun cuando no me decía ninguna expresión afectuosa, yo estaba extasiada, mirándolo e imaginándome lo que había acontecido y podría acontecer. Las palabras casi no me salían. La gaseosa se tornaba cada vez más sólida, pero eso ya no era importante. La reunión fue corta. Él decidió el lugar, la fecha y la hora de nuestra próxima cita, sin tomar en cuenta mi aceptación ni la disponibilidad de mi tiempo. Pero yo ya no tenía control de mí y solo alcanzaba a asentir lo que él decidía. Yo había pasado a depender de él y todas sus decisiones serían respetadas por mí, al pie de la letra.

Todo parecía desarrollarse de manera normal. La naturalidad que yo había adoptado en mi vida con Javier, a partir de las relaciones que había iniciado con él, daban la apariencia de una pareja feliz, o lo que se llama una pareja feliz. Podría decirse que, desde el acontecimiento, nos habíamos transformado. Habíamos reiniciado nuestro matrimonio, luego de los problemas causados por la operación a la que fue sometido. El día de mis citas que más tarde quedó fijado por él, los miércoles, pasado el mediodía, nos levantábamos con la idea y la responsabilidad de que yo tenía una reunión de trabajo que se extendería hasta entrada la noche y que era menester dejar organizadas todas las cosas de la casa, todo ese trabajo doméstico que tanto molesta. Javier parecía esmerarse en la ayuda. Todo debería quedar perfecto hasta la noche en que nos volveríamos a ver.

Al subir las escaleras de aquella casa de madera, experimentaba una sensación de placer y, al mismo tiempo, angustia. La sangre parecía haberse desplazado a mis piernas; los tobillos me pesaban toneladas, pero yo ascendía como quien va a recibir un premio o a recuperar algo.

Adentro estaba él, generalmente en ropa interior. Aun cuando sabía que era yo, ya que nadie más vendría a esa hora y a esa casa, ni siquiera se molestaba en levantarse a abrir. Yo introducía la llave vieja, antigua, de una chapa

que, como él acostumbraba a decir, ya no está en circulación. Y allí estaba él sobre la cama, generalmente hojeando un libro y bebiendo una cerveza. De pie frente a él, me inclinaba para saludarlo con un beso que respondía levemente. La sesión amorosa necesitaba de mi iniciativa. Yo insinuaba y él se dejaba insinuar, pero, mientras transcurría la pasión, él era quien tomaba la iniciativa. Solicitaba (para no decir ordenaba) algo y yo lo cumplía sin comentario alguno, al pie de la letra, como desde la primera vez en la calle Primero de Mayo.

40 Algunas veces no estaba de acuerdo por la inexperiencia, porque jamás habíamos hecho eso con Javier, en especial después de su operación al cerebro, pero lo aceptaba. Sentía una necesidad de complacerlo y, al mismo tiempo, de ir descubriendo cosas que me introducían a un mundo desconocido. “Un desierto y silencioso mar, no descubierto todavía,” decía, parafraseando un poema cuando me pedía algo nuevo y, seguramente, debí haber puesto una cara de asombro antes de aceptarlo. El encuentro terminaba cuando caía la tarde. Yo me encaminaba a tomar el transporte que me llevaría a casa, sin su compañía; él se quedaba en el interior de la habitación de la casa antigua. Yo me encontraba extenuada, pero satisfecha, completamente satisfecha.

Transcurridos los primeros meses de mi relación, comencé a observar en Javier un

inusitado interés por mí. Se esmeraba en la ayuda del trabajo doméstico. Podría decirse que hasta se lo había tomado como parte de su oficio, especialmente los miércoles, días de mis citas. Mis relaciones con él se habían fortalecido a mi modo de ver, pero me parecía que para él no tenían la misma importancia. Solo era un espacio de placer, una vez por semana, done aprovechaba para experimentar lo que no podía en su casa. Me hablaba de su esposa, de sus hijos, los problemas familiares que atravesaba, de sus libros —mi interés por él comenzó siendo intelectual—. Yo, a veces, le comentaba algo de Javier, especialmente cuando me lo preguntaba. Le conté de su operación al cerebro, producto del accidente, de la dificultad o, mejor dicho, la incapacidad de hacerme el amor luego de esa operación.

En ocasiones, dividíamos el tiempo que pasábamos juntos, entre hacer el amor y narrar las historias que cada uno tenía separadamente. Ciertas veces, él asumía el dolor de ambas historias como si fuera un personaje múltiple. Se ponía triste, tenso, golpeaba las paredes de madera de la habitación de manera tan fuerte, que yo pensaba que iba a derrumbarlas. Finalmente, su depresión se aplacaba con un acto de amor violento. Entre sus sollozos, sus requerimientos por algo diferente, date la vuelta cariño, me decía, y en una cópula, mezcla de dolor y placer, terminábamos otra de las citas, empapados de sudor y lágrimas, pero satisfechos de haber

logrado lo que no teníamos, lo que sabíamos que terminaba fuera de allí.

Nunca olvido ese miércoles al regresar, cuando encontré a Javier junto al televisor, completamente nervioso. Ni siquiera me preguntó si deseaba comer algo como se había hecho costumbre desde la relación. Me senté a su lado, le sobé la cabeza, luego las manos, y advertí una aspereza, algo extraño en su piel. Recordó el accidente, repasó minuciosamente lo ocurrido antes de la operación y luego, cuando supo que jamás volvería a estar conmigo. Lloraba fuerte y yo trataba de consolarlo, diciéndole lo que se me venía en mente. Entonces, me miró de soslayo, agachando la cabeza, y me dijo que conocía mis relaciones con él. Las describió con cierta exactitud. Conocía días, lugares, horas de las citas; las conocía desde el inicio. Yo estaba muda por el asombro y la angustia. No sabía si pedirle perdón o salir corriendo, pero él me dijo que lo comprendía, que yo era joven y tenía derecho a vivir. Por un momento, me miró de frente y luego volteó. Me dijo que quería pedirme un favor especial, pero no sabía cómo decírmelo. Yo le toqué el hombro y le dije que estaba dispuesta a hacer lo que me pidiera. Lo que dijo no me extrañó en ese momento. Fue en la cama, antes de dormir, cuando tuve tiempo de pensar en ello. Me pareció mentira, algo fuera de lo común, pero yo estaba acostumbrada a esos requerimientos fuera de lo común. Y, viniendo de Javier, como

lo que pedía era tan solo que lo dejara ver, me pareció algo natural.

41 **T**odo estaba dispuesto para el acontecimiento. Javier había conseguido el pequeño departamento de un amigo que se encontraba fuera del país. En la habitación contigua a la nuestra, había hecho los orificios que consideraba necesarios. Cuando me llevó a conocerlo, luego de mostrarme la habitación en que iba a estar con él, quiso que pasara a la habitación contigua para enseñarme lo que había realizado: junto a la pared había cuatro pequeños orificios, donde había colocado vidrios de aumento, de manera que si de la otra habitación no se divisaban, en cambio, de ésta se magnificaban por los pequeños vidrios de aumento. En la parte inferior, un sillón giratorio le permitiría desplazarse de un orificio a otro con suma rapidez, pues no quería perderse el menor detalle del espectáculo, me manifestó con cierto gesto eufórico.

El miércoles, como habíamos convenido, lo cité en la dirección exacta, diciéndole que, subiendo las escaleras, en el segundo piso a mano derecha, la tercera puerta; para más señas, de color caoba. A él le pareció algo extraño cambiar de lugar. Me dijo que ya estaba acostumbrado a la antigua casa, y además, la distancia; era como

viajar a otro país, dijo. Pero yo argumenté que él decía que había que renovarse, hacer cosas nuevas, buscar nuevos lugares. Finalmente, inclinando la cabeza, aceptó, no de buen grado.

Estábamos el uno frente al otro, mirándonos fijamente. Yo sentía mis ojos líquidos y, una vez más, ese hormigueo me atravesaba el cuerpo. Le acariciaba el cabello y él restregaba sus labios en mis senos. De pronto sentí la boca seca, pastosa, pensé que era una nueva sensación producto de una nueva experiencia: el estar dando placer a mis dos hombres. Traté de mojar me los labios con la lengua y él me dijo que tenía sed, que deseaba beber algo. Le contesté que solo teníamos agua y él me contestó que necesitaba una cerveza, por lo menos. Traté de tranquilizarlo, explicándole que era la primera vez en esa habitación y no habíamos acondicionado nada todavía, pero él se exasperó. Me repitió que siempre bebía cerveza para estar conmigo; que si no, era imposible. Intentó vestirse para salir a comprar, y yo se lo impedí. Sabía que al otro lado estaría Javier instalado, cómodo, y que una interrupción le sería fatal. Él se disgustó. Comenzó a gritar, a decirme cosas que jamás me había dicho, y salió violentamente de la habitación.

He intentado tranquilizar a Javier, que se encuentra muy deprimido después de aquello. Continuamente, me insiste en la cita. Dice que ha hecho mejoras en la habitación contigua, que está insonorizada, que ahora tiene lentes de aumento

especiales; y yo le hago promesas: le digo que he hablado con él, que hemos quedado en fijar una fecha. Pero insiste, da plazos, me suplica que comprenda. Hoy es miércoles —estoy casi al terminar este helado de fresa—, y como me queda un espacio desde que no tengo citas con él, iré a la habitación a preparar clases o a leer algo. Seguramente Javier estará instalado al otro lado de la pared con todas las innovaciones que ha hecho, rogando que él llegue, que yo haya logrado concertar la cita, que pueda escuchar sus pisadas suaves atravesando el corredor, su presencia más allá del dintel.

